

# ¿Soy o no soy consecuente con la educación de mis hijos?

## Reflexión de una madre

Pilar Sánchez

“ Se me vino el mundo encima el día que intenté meter la cucharada de comida a mi hija (niña sana) mediante la fuerza bruta en un intento desesperado de explicarle qué le esperaba a partir de entonces si no ingería el alimento. Todas mis teorías sobre la educación se vieron aplastadas por aquella enorme cuchara introduciéndose en su boca y atragantando su minúscula traquea.

Me senté derrotada en mi sillón y pensé, pensé y pensé. ¡No puede ser tan complicado esto de educar a un niño! Reflexioné intentando dar una solución al complicado problema. Repasé todos los remedios y recetas que otros padres y amigos me habían facilitado pero para mi hija ninguna servía. De pronto recordé que la única que no había puesto en marcha por parecerme horrible era la de mi madre: “hija, si no quiere comer que no coma, no se va a morir. Cuando tenga hambre verás como te lo pide”.

Tuve que hacer de tripas corazón y dejé sin el preciado alimento a mi retoño, aún pensando que se me podía morir de hambre. Y ocurrió la magia en la cuarta toma: “la sangre de mi sangre” me pidió voluntariamente las lentejas del día anterior.

Y es que los padres hemos perdido perspectiva en esto de educar a los hijos, incluso en las cuestiones más básicas. De toda la vida de Dios, los comportamientos inaceptables de los niños tenían una consecuencia natural inmediata (“no comes, ya comerás cuando tengas hambre”). Ahora las cosas son de otra manera. Ahora no comer supone poner otro alimento que le guste más, dar el vaso de leche y los bollos

reellenos de chocolate porque aunque no sea lo más saludable algo se lleva al cuerpo, o nos excusamos pensando que bastante mal lo pasamos en nuestra época teniendo que comer las dichas migas de pan.

No es que los padres que actúan de esta manera no sean consecuentes. Evidentemente lo son, pero el problema estriba en que las consecuencias que aplican dan como resultado comportamientos complejos y difíciles de sobrellevar.

Analicémoslos por un momento si somos o no somos consecuentes. Obsérvate con mirada retrospectiva crítica en este ejemplo del recuadro:

¿Has encontrado diferencias entre lo que se suele hacer y lo que serían consecuencias más coherentes?

Ser consecuente natural y funcional allana el camino de la educación porque el niño comprende fácilmente el mecanismo procedimental que estamos usando en su formación, lo acepta como norma de juego pero no como norma impuesta y por tanto actúa de forma sencilla, según una lógica natural.

Esta forma de actuar consecuentemente dará como resultado: Niños más felices y padres más orgullosos y menos cansados.

<p><i>Por norma cuando salimos al supermercado o a lugares de compra vamos asustados. El niño pilla rabietas por casi todo. Desea cualquier cosa que le llama la atención.</i></p> <p><i>¿Qué hacemos?</i></p>	<ul style="list-style-type: none"><li>• Lo dejamos hasta que se le pase sin darle explicaciones</li><li>• Lo dejamos que piense en un sitio aparte</li><li>• Le dejamos que se calme y después charlamos con él dándole opciones a la próxima vez que ocurra el hecho</li><li>• Lo insultamos y vejamos delante de los familiares y amigos</li><li>• Le compramos algo o hacemos lo que desea con tal de no hacer el ridículo</li><li>• Lo sacamos del sitio hasta que se le pase explicando que si vuelve a ocurrir nos tendremos que marchar</li><li>• Le advertimos constantemente de que nos vamos a marchar y no lo hacemos</li><li>• Le damos unos azotes y ¡vaya si responde!</li><li>• Lo llevamos a un psicólogo porque esto no es normal</li><li>• Lo justificamos diciendo que tiene sueño o está cansado</li><li>• Casi no salimos de la casa porque lo pasamos muy mal cada vez que lo hacemos</li><li>• Nos sentimos impotentes y dejamos que haga lo que le da la gana. Total para las veces que salimos.</li><li>• Antes de salir de casa le advertimos sobre las consecuencias que tendrá ese comportamiento y cumplimos la palabra</li></ul>
--	--